

Aguaviva

Mi trabajo incluía atender pedidos, prometer y escuchar promesas. Salía de la trastienda del establecimiento en la que un artesano cortaba cristales y ensamblaba marcos para las láminas, los grabados, los carteles o las fotografías familiares, y recibía a los clientes. Soy reacio a las sonrisas, y más de una vez vi en la mirada de algún cliente los reproches ante mi seriedad que parecía –y quizá lo sea– un rasgo de soberbia. Nunca he sabido –antes me preocupaba, ahora me resigno– fingir cortesías o gestos de sirviente. Por eso me extrañó verme sonreírle a Nadia. Sí, se llama Nadia y entró a “Artifex”, desenrolló sobre el mostrador un par de carteles abstractos y una postal decimonónica de escaso buen gusto. Quería enmarcarlos en aluminio. Recuerdo que vi de reojo mi perfil en el cristal de un cuadro colgado como muestra y que solicitaban mucho: reproducía una obra de Klimt: “El Beso”. Era moda entre los jóvenes, algo que me irritaba y también me hacía gracia, usar un giro coloquial que multiplicaba el verbo prometer, viniera o no al caso: “Te prometo que no miento”. O bien: “¿Me prometes que volverás?”. Y si no: “Lo prometo”, en lugar de “Lo juro”. Nadia me dijo: “Le prometo que vendré mañana por mis marcos”. Le había dicho que estarían listos hasta el fin de la semana. Me desdeñó, comentó cualquier cosa e insistió: “Le prometo que vendré mañana”. Eso fue lo que me hizo sonreír, y le contesté:

–Estarán mañana, yo se lo prometo.

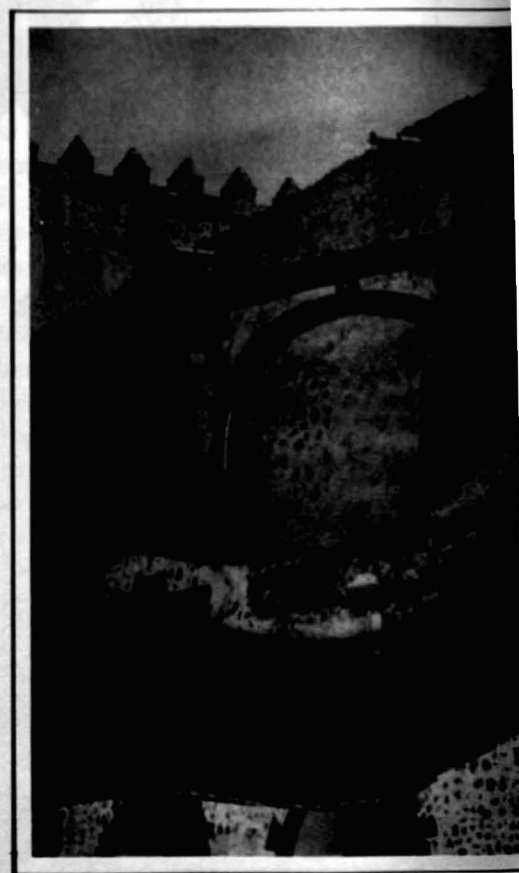
Tomé el cuaderno y preparé la nota del pedido, apunté sus señas, domicilio y número telefónico, y volví a ver mi

perfil contra la figura que Klimt pintó, mientras pensaba: ¿cedo por fatiga o hay una conjunción inexorable que desata el verbo prometer? Nadia volvió el día siguiente y otros días más. Aprovechaba la cercanía de la academia de baile en que su pequeña hija rendía sus ocios veraniegos y, antes de pasar a recogerla, descansaba aquí un momento, hojeaba las revistas de artes y materias decorativas de los estantes y conversaba conmigo. Pienso que debieron atraerle los aromas de la madera y los barnices que llenaban el ambiente de “Artifex”, afinaban el peso de las casonas coloniales o pueblerinas, la frescura de los jardines y empedrados, en suma, la antigua serenidad del barrio. Y en esas conversaciones de tema incidental, casi monólogos de ella –yo la observaba–, me contó la historia de Aguaviva. La penúltima tarde que estuvo aquí relató aquello. Después desapareció por semanas. Retuve su presencia en la memoria conforme repetía su relato de Aguaviva hasta apropiármelo.

Ella ha estado en Aguaviva, un monasterio agustino al pie de los volcanes. Se llega por una calle truculenta del pueblo de Amecameca que asciende hasta una muralla de piedra y reja de hierro vegetal. El bosque está en todas partes, y al fondo una ladera. El sendero continúa y termina en una gran terraza que sirve de estacionamiento a los autos. Un conjunto de edificios de estilo colonial se destaca, irregular y solemne. Allá el tiempo es espacio. El monasterio recibe, hotel de espíritus, a visitantes en busca de paz, o a congregaciones religiosas que dedican sus horas a dilucidar las oscuridades de los

misterios y simples faenas de catecismo. Pasa largo rato antes de que se presente un cura atento a recibir a los visitantes, bajo el amparo de un Cristo vasto y el tablero que señala horarios, actividades de los monjes. Un pasillo comunica con la capilla, balcón al bosque, que colinda con el comedor gigantesco en que se atiende a los huéspedes. Los cuartos están del lado opuesto y, hacia abajo, la zona vedada del monasterio.

A veces se entrevé a los jóvenes monjes en horas de recreo. Los huéspedes se pueden incorporar, si así lo desean, a los rezos de laudes, por la mañana; de



vísperas, después del mediodía y de completas en la primera hora de la noche. Hay pláticas y cursos adicionales, también optativos, nunca obligatorios. Pero ni la trama fatigosa de las sutilezas teológicas ni los textos canónicos, ni el tamaño atroz y adivinable de la pureza, las culpas o los pecados, ni siquiera el largo desfile de rectas y curvas, desniveles y círculos arquitectónicos del monasterio igualan la grandeza del bosque.

En los senderos que parten de Aguaviva se lee el clima, el viento, la lluvia y los nudos del campo, el trajín libre de los animales. Algún lugareño pasa y saluda, y el olor a pino se vuelve intenso, dan ganas de morder una aguja de pino: su gusto amargo disuade ese afán ingenuo de poseer aquel mar verde. Dan ganas también de darle contornos familiares a los árboles y las yerbas, imaginar que parecen cabelleras, muchedumbre, ropajes, alacenas con trastos, y luego avergonzarse de semejantes trivialidades cuando la mano reconoce el musgo, o se recuerda la fragancia de las hogueras.

Los monjes saben, y se entiende que hayan construido este monasterio allá, y no en una terraza ante un valle o en la

cima de una montaña. El saber arquitectónico de las órdenes religiosas, por tradición, era un saber militar que resumía necesidades de fortaleza, observatorio y estancia. En Aguaviva, el monasterio está en una concavidad. Los monjes permiten e incluso auspician los paseos por el bosque, excepto los paseos nocturnos. Más aún en noche de luna. Alguien vigila, inadvertido siempre. Se siente su mirada, ¿o es la mirada de Dios que llena el monasterio porque ya no puede cubrir el mundo? ¿O es la Culpa la que hace sospechar un ojo omnipotente, al que sin embargo se puede burlar, fácil, por la vía del pecado y la promesa del perdón? Alguien se adelantó, ha tenido la misma idea en esta noche de luna. No parece visitante, salió del ala claustral, sí, es un joven monje, alto, esbelto, da pasos seguros y silenciosos. A pesar de la claridad, la rapidez de su marcha dificulta perseguirlo: pronto uno sería descubierto si se lo propusiera. Lo mejor es dejarlo por ahora.

La molicie de la medianoche cae sobre las copas de los árboles. En la yerba el verdor se torna violeta, las ramas crujen y los insectos elevan su fiesta de juguetería. La leve pendiente anuncia,

lontananza, el manto boscoso, aterciopelado y sin fin. El resuello se acelera, menos por el cansancio de la caminata que por un presentimiento. Uno, dos pasos más y, de pronto, surgen los volcanes del horizonte como debieron surgir a la vista de la eternidad hace millones de años. El monje y Nadia compartieron por única vez esa visión, sus siluetas recortadas contra las cimas de nieve.

Así me lo contó Nadia, o así lo recuerdo. Luego concluyó:

—Me sentía ligerísima...

Sus ojos castaños me miraron coléricos y desalentados, leí en su rostro el rubor infantil ante las cosas imposibles, temblaba un poco por la confidencia inoportuna.

No sé porqué, pensé responderle con una mentira:

—Yo también he estado en Aguaviva —le dije después de una pausa que creí dramática. Quería mostrarme sensitivo, cercano.

Se detuvo y un relámpago iluminó sus ojos, de inmediato comprendió mi deslíz, resopló y dijo, tajante, agresiva:

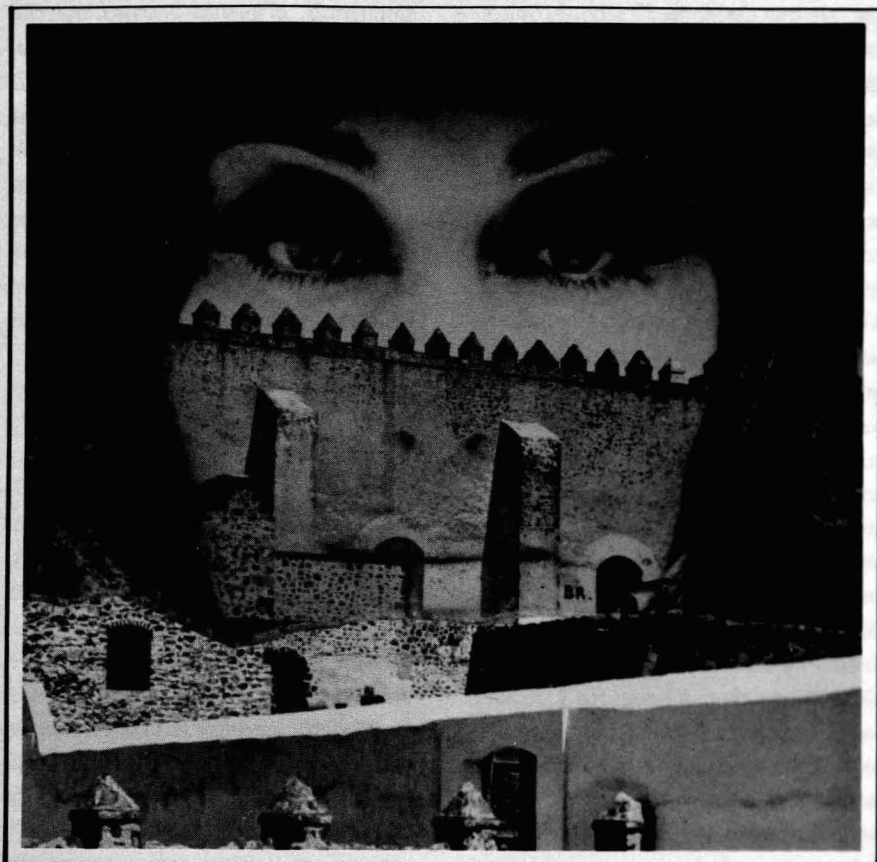
—Usted qué va a saber de Aguaviva.

Me humilló, salió y trascurrieron semanas antes de que volviera. Fue la tarde en que dejó su bolso en el mostrador y preguntó por un ejemplar de una revista inglesa de diseño que había dejado de importarse. Conversamos y me sentí encantado de recuperar nuestra precaria familiaridad. Hablé de reposos y montañas, traté sin suerte de que ella volviera al tema que ya era mi obsesión: Aguaviva. Pasaron los minutos, ella vio su reloj de pulsera y tomó su bolso. Pensé que era el momento de pedirle una cita, de invitarla a tomar una taza de café. Titubeé, abrí la boca y Nadia me interrumpió, dijo, súbita:

—Estoy embarazada, debo irme, tengo cita con el médico —presumía, casi coqueteaba.

Me apresuré a llenar mi boca con parabienes y frases hechas. Ella tomó su bolso y se despidió. Me appena decirlo: la llamé, la llamé y había en el tono de mi voz un enfado ridículo, fuera de lugar, histeria de amante celoso, de pleito de alcoba en la madrugada. Algo absurdo. “Y Aguaviva”, gemí, “¿ya olvidaste Aguaviva?”.





—No sé de qué me habla —dijo ella, digna, estupefacta.

Sí, por favor, Nadia: recuerda tu historia de Aguaviva.

—¿Agua qué...? No sé de qué me habla...

Salió de prisa de "Artifex". Y esto me apena un poco más: hundí mi frustración en los insultos: Nadia era una putilla insulsa, una mujerzuela mentirosa, su frivolidad era tal que podía fingir amnesias sólo aceptables en un burdel infimo. El artesano salió de la trastienda, todo él extrañeza indígena, y preguntó:

—¿Le puedo servir en algo?

No, no, le dije: mis manos aletearon en señal de rechazo. Poco a poco recobré la calma. Supe que mi obsesión por Nadia había surgido, gratuita, de un detalle de su historia de Aguaviva. Mientras contaba, ella me comparó con el monje que contempló a su lado los volcanes bajo la luna —un monje distante que a esta hora, turulato, le corresponde recreo y juega fútbol o estudia matemáticas. Nadia precisó que mis ojos eran iguales, "igualitos". Sí, esa fue la semilla de mi obsesión, mi parecido real o supuesto con el monje. No es la pri-

mera vez que esto me sucede, casi es una norma, podría recordar muchos momentos decisivos de mi vida que han iniciado en una comparación o semejanza. Mis éxitos sentimentales son tan escuetos como vasallos de esta circunstancia. Siempre recuerdo a alguien más: un viajero, un niño, un abuelo. He vivido a otros con otras, y no es raro, creo alguna vez haber hecho lo mismo. "Tus ojos son igualitos a los de...". O si no lo he dicho, lo he pensado. Quien se enamora, se enamora de lo que ve en el otro, no tanto de lo que éste es. No diré que tal es una regla universal pero sí sucede a menudo.

En estos días el dueño de "Artifex" volverá de su viaje al extranjero. Yo retomaré mis asuntos viejos: administrar su oficina, ocuparme de su correspondencia y arreglos contables. Extrañaré esta rutina de trato con desconocidos y promesas. Pienso en Nadia, ¿vendrá antes de que yo abandone este trabajo? Claro, ya intenté hablarle por teléfono: tenía sus datos en la nota de su pedido. Fue infructuoso, me contestaron que ahí no se hallaba, que podía llamarla a otro número telefónico que me dieron. Llamé y me enviaron a otro, y de ahí a

otro y de éste al primero sin que pudiera obtener ni una noticia de ella. Imaginé el trazo invisible, veloz de mi pesquisa, una figura en el aire de curiosidad y deseo de palabras y preguntas por zonas ciegas o barrios distantes de la ciudad. Me sentí estúpido: un ebrio en sus obcecaciones después de la quinta copa.

No sé si vuelva a verla. Si la viera evitaría mencionarle de nuevo su historia de Aguaviva, evitaría disculparme por mis torpezas. ¿Y si las cosas fueran muy distintas? ¿Si Nadia fuera en verdad una loca o una frívola, como lo pensé antes? No me importa. Sólo le contaría la historia del abogado R.

El abogado R. salió una noche a cenar con su mujer, que entraba en una madurez marchita. En el restaurante el abogado R. pudo ver en otra mesa, primero de soslayo y luego atento, la seducción imperiosa entre un muchacho y una joven bella. La escena lo excitó, y en cuanto el matrimonio llegó a casa, el abogado poseyó a su mujer de prisa, a medio desvestir, sus zapatos pisaban el borde caído de la falda de su mujer. El abogado, luego de aquella rapidez, vio de nuevo la belleza de la joven, imaginó al muchacho en un cuarto de hotel mientras cumplía el mismo acto que él, la pasión similar. El abogado R. y el muchacho, aunque éste *de facto*, adoraban en aquel preciso instante el mismo objeto de su deseo. Este doble acto placentero los unió. Luego, la esposa del abogado tuvo a su tercer y último hijo, quien, en vista de lo sucedido esa noche, llegó a tener también un carácter doble: se le concibió y engendró en otro objeto imaginado, algo irreal que venía de una intensidad fragmentaria.

Eso le sucedió al abogado R. ¿Le habrá sucedido a Nadia algo semejante con su esposo, una de esas noches en que ella volvió a casa, de hecho la tarde en que me habló de Aguaviva?

Mi vanidad es ilímite y sonrío, desuelgo el cuadro de Klimt en silencio —no quiero que me oiga el artesano que trabaja en la trastienda— y digo frente al cristal: ¿qué pensaría Nadia de la historia del abogado R.? Ella vendrá y se la contaré, vendrá y reiremos. Me preguntará: ¿también conoces la historia del abogado R.? ◇